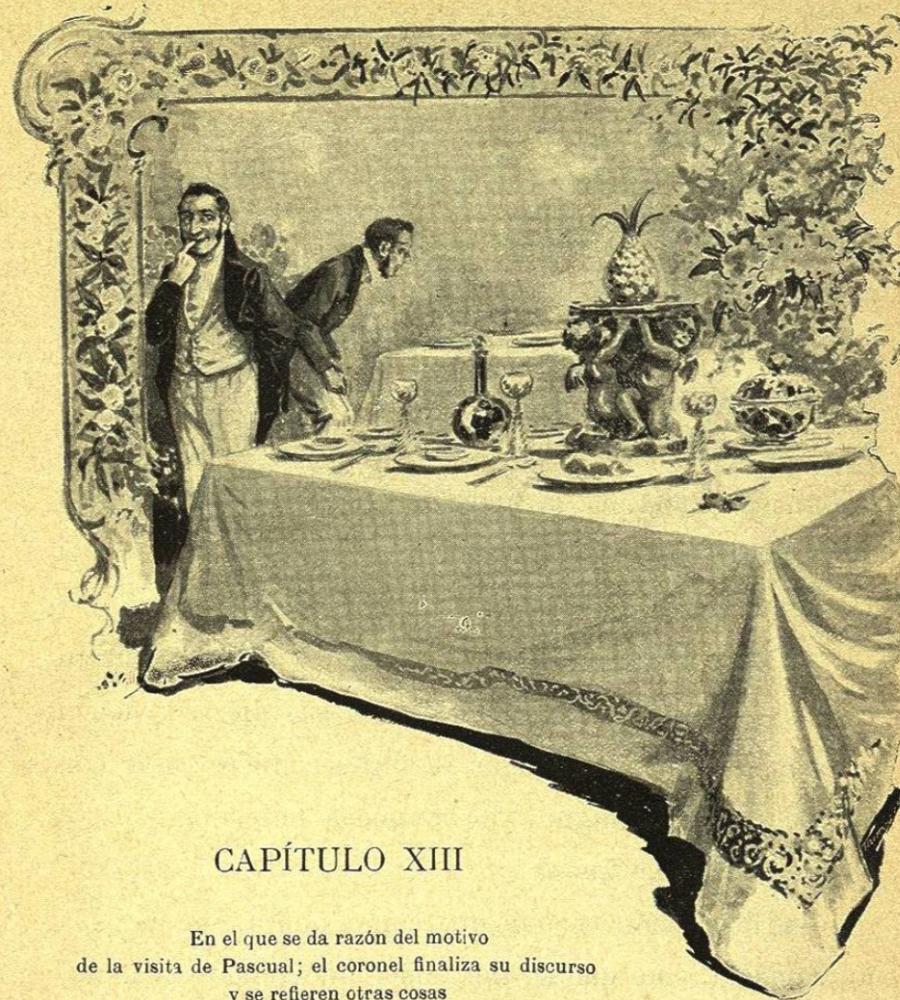


para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mujeres raras <sup>1</sup> son más para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy lejos de persuadir que se hagan las mujeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mujeres sabias en su clase y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente?...

A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo XIII.

<sup>1</sup> Raras en comparación de todo el sexo; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.



### CAPÍTULO XIII

En el que se da razón del motivo de la visita de Pascual; el coronel finaliza su discurso y se refieren otras cosas

Entró Pascual, como se ha dicho, arrastrando las espuelas, y quitándose su disforme sombrero, saludó á los señores en estos términos:

—Ave María, señores amos. ¿Cómo les va? ¿cómo les ido? ¿cómo está su prenda?

—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel; ¿qué ocurrencia te trae á la ciudad?

—¿Qué he de traer, señor amo, sino un asunto de muy gravísima importancia? Y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro, por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás, mi hijo el grande, ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios con Marantoña la hija de tío Benino, el marido que fué de la Carranza, aquella que tenía arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió don Celidoño á don Andrés el cojo, por la malobra que le hizo á su hija Petrona del mayordomo Juan Blas, cuando hubo aquellas heridas por el amigo de...

—Bueno está, Pascual, decía el coronel; sigue tu cuento, y déjate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quiere casar con esa hija del tío Benigno; ya esto queda entendido. ¿Cuál es el empeño que traes?

—El empeño es que yo, como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma, y me he de morir como todos se mueren, y sé la doctrina de cuerito á cuerito, y sé que el catacismo dice: Darles estado no contrario á su voluntá, no me quero disponer al gusto del muchacho. Y ansina lo dejo que haga lo que quijiere; y una vez que se quiere casar, que se case muy denhora buena, yo no se lo impido, á bien que ya es grande; mi compadre el mestero escuelero, dice que no es tonto, sino muy ladino y muy destruído;

porque á lo menos el diantre del muchacho sabe más que no yo, porque sabe leer y echa unos retos en las loas sin turbarse, porque es muy memorista, y lotro día hizo un diablo en una pastorela, que la gente se quedó con la boca abierta, y yo tuve miedo que no le hicieran daño...

—Como yo te lo voy teniendo á tí, pues según lo impertinente y cansado que estás, creo que no acabas tu relación en ocho días.

—Perdone su mercé, señor amo, que yo no estoy cansado. Quedara yo bien de cansarme de Tacubaya acá, que no está más que un paso. Pero el cuento es que Culás se quiere poner en gracia de Dios, y yo quero que su mercé y mi ama sean los padrinos, por que sólo así será todo bueno.

—Si así te hubieras explicado desde el principio se habrían ahorrado tantos episodios importunos. Está muy bien, seremos tus padrinos con mucho gusto; pero dime, ¿cuáles son las circunstancias de la novia?

—Ella no es fea, ni muy bonita, respondió Pascual, es pasaderita; tendrá diez y ocho años, y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque. Si es para la cocina, hace unas tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfaina y otros guisados como éstos, hasta se chuparan

los dedos. Si es por lo que hace á cuidar á un hombre, es un reguilete, porque sabe coser, lavar y tejer unos ataderos y ceñidores que es un primor. Y ¿qué le diré á su mercé de cuidar las cosas de la casa, y del campo y de los animales? ¡Oh! pareso es una lumbré el diantre de la muchacha; porque ella sabe dónde dan quince y el sope, y volverse con el medio; porque sabe cuándo está *culeca* la gallina, cuándo se ha de echar, cuál es el cochino cebón, cuál el de media ceba, qué vaca está jorra y cuál no, y hasta para sembrar conoce el tiempo; y si su mercé la viera coger la garrocha y la yunta y sacar veinte sulcos derechos, era mano de que la reventara. En fin, por lo que toca á trabajadora, es la muchacha de lo que hay poco; y yo le digo á Culás que no la topará más mejor aunque la busque con un cirio pascual. A fe que no son ansina las señoritas de la *suidá*, que no saben hacer nada ni ayudar á sus maridos, sino que todo quieren que se lo pongan en las manos; y bueno juera que se contentaran con no saber buscar la torta, lo más *pior* es que saben tirar cuanto busca y *alquiere* el probe hombre. Por una parte, para todo han de menester mozas; para guisar una olla y un principio quieren cocinera; para remendar sus trapos quieren costurera; para lavar su ropa quieren lavandera; para hacer la cama y barrer la casa quieren recamarera; para hacer los mandados mandadero; para dar el gasto ama de llaves;

para cerrar la puerta de su casa portero, y para cada cosa un criado; de manera que yo me espanto de ver como su mercé y mi ama doña Matildita viven con una ó dos mozas cuando más, y no luego esas señoras que yo no sé de qué les sirven á sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos necesitan *arquilar chichis*, como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su mercé del cuento de los perritos. ¡Ya se ve, que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bailes, paseos y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ajeno! ¡Ah! *fucha* en semejantes mujeres. ¡Qué gusto que mi hijo Culás se va á casar con una *probe* ranchera y no con una señorita de *suidá*. ¡Ya se ve, que cuándo le hubiera yo consentido, aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descalzos! ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de la *suidá*!

—Y gracias mil á la Eterna Majestad, dijo el coronel, porque has acabado tu narración imprudente, aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de éstas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflexión juiciosa y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los que tienen sólo las aparien-